do, á oscuras. Decididamente, esta noche no sabré nada; pero siento una inmensa tristeza ante los carteles mojados y los candelabros que aún pestañean un poco de luz ante la puerta. Este gran edificio que hace poco vi llenar de ruido y de luz toda esta esquina del bulevard, se encuentra ahora mudo, en tinieblas, desierto, chorreando agua como después de un incendio... ¡Vamos, acabóse! Seis meses de trabajo, de ensueños, de fatigas, de esperanzas; todo esto se ha quemado, perdido, diseminado, con las llamas de gas de una velada.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA SOPA DE QUESO

Es un cuartito del piso quinto, una de esas buhardillas sobre cuyas vidrieras cae á plomo la lluvia, y que, al llegar la noche como ahora, parecen desvanecerse con los tejados en las tinieblas y entre las rachas del vendaval. La habitación es buena y cómoda, sin embargo, y al entrar allí se experimenta no sé qué sensación de bienestar, á cuyo aumento contribuyen el ruido del viento y los torrentes que vomitan las canales. Se creería estar dentro de un nido bien abrigado en lo alto de un árbol corpulento. Por ahora

el nido está vacío. No se encuentra allí el amo de la casa, pero se adivina que va á entrar al instante, y todo parece esperarlo. Sobre un buen fuego cubierto descansa tranquilamente una olla, murmurando de satisfacción. Para una olla es mucho trasnochar; y así, aunque ésta parece hecha al oficio, á juzgar por lo tostado de su vientre lamido de la llama, de vez en cuando se impacienta, y la tapadera se levanta agitada por el vapor.

¡Oh! ¡qué buen olorcillo á sopa de queso!

También el fuego tapado se desahoga un poco á veces. Parte de las cenizas se desmoronan, hundiéndose por entre los leños, y corre por el suelo una llamilla alumbrando por lo bajo la pieza como para hacer su inspección y cerciorarse de

que todo está en orden. ¡Sí, á fe mía! Todo está en orden completo; el amo puede venir cuando quiera. Corridas están las cortinas de argelina de las ventanas, y muellemente circundado el lecho por las suyas. Ved allá el gran sillón, repantigado junto á la chimenea; en un rincón, la mesa puesta ya, con la lámpara aviada, con un solo cubierto, y al lado del cubierto el libro, compañero de la comida solitaria... Y así como la olla parece deslustrada por el fuego, el agua ha puesto pálidas las flores de la vajilla, y el libro tiene desgastados los cantos. Todo aquello respira el aire suave, algo fatigado, de una costumbre. Se ve que el amo de la casa debe volver muy tarde todas las noches, y que, al entrar, le gusta encontrarse esa cenita que se

hace á fuego lento y conserva la habitación caliente y perfumada hasta su vuelta.

¡Oh! ¡qué buen olorcillo á sopa de queso!

Al ver la pulcritud de ese cuarto de célibe, me figuro un empleado, uno de esos seres minuciosos, que transportan á toda su existencia la puntualidad de las horas de oficina y el orden de los legajos marcados con etiquetas. Para volver tan tarde, debe tener una ocupación nocturna en correos ó telégrafos. Lo veo desde aquí detrás de una rejilla, con manguitos de lustrina y gorro de terciopelo, haciendo apartados, sellando cartas, desarrollando la cinta azul de los despachos, preparando á París, mientras duerme ó se divierte, sus negocios de mañana... Pues bien: no; no hay tal

cosa. Repárese que la llamilla del hogar, husmeando por el cuarto, acierta á iluminar unos retratos grandes colgados en la pared. Al punto se ve salir de la sombra, dentro de marcos dorados y envueltos en majestuosos pliegues, al emperador Augusto, á Mahoma, á Félix, caballero romano, gobernador de Armenia; se ven coronas, cascos, tiaras, turbantes, pero cubriendo siempre esos diversos adminículos la misma cabeza rígida y solemne, la cabeza del amo de la casa, del afortunado señor para quien cuece con sosiego y reposa blandamente sobre la cálida ceniza esa sopa embalsamada...

¡Oh! ¡qué buen olorcillo á sopa de queso!

¡No, en verdad! No es aquél un empleado de correos. Es un empe-

rador, un señor del mundo, uno de esos seres providenciales que todas las noches de su repertorio hacen temblar las bóvedas del Odeón, y no tienen más que decir: «¡Guardias, prendedlo!» para que los guardias obedezcan. En este instante está allá, en su palacio, á la otra parte del río. Con sus altos coturnos y su clámide sobre los hombros, yerra bajo los pórticos, declama, frunce el ceño, masculla aburrido sus parlamentos trágicos. ¡Es tan triste, á la verdad, representar para los asientos! ¡Y es tan grande la sala del Odeón, y está tan fría las noches de tragedia!... De pronto el emperador, semihelado dentro de su púrpura, siente una corriente de calor por todo el cuerpo. Se le encandilan los ojos, se le dilatan las narices... Piensa que,

al volver, va á encontrar aún calentito su cuarto, puesta la mesa, lista la lámpara y arreglado todo su modesto ajuar con ese esmero burgués de los cómicos que se vengan en la vida privada del porte algo desordenado de la escena... Ya se ve destapando la olla, llenando su plato floreado...

¡Oh! ¡qué buen olorcillo á sopa de queso!...

A partir de ese instante no es ya el mismo hombre. Ni en los pliegues rectos de su clámide, ni en las escaleras de mármol, ni en la rigidez de los pórticos, hay ya nada que lo turbe y ate. Se anima, lleva de prisa su papel, precipita la acción. ¡Haceos cargo! Si llegara á apagarse la lumbre... A medida que avanza la noche, su visión se acerca y le hace entrar en calor. ¡Mila-

gro! En el Odeón se rompe el hielo. Los antiguos abonados de la orquesta, desesperados de su letargo, convienen en que ese Marancourt está verdaderamente magnífico, sobre todo en las últimas escenas. El hecho es que, al desenlace, á la hora decisiva en que se da de puñaladas á los traidores y en que se casa á las princesas, el emperador os pone una cara de una beatitud y de una serenidad singulares. Avivado el apetito por tantas emociones y tanta retahila, le parece que está en su casa, sentado á su mesita, y su mirada va de Cinna á Máximo con sonrisas de ternura, como si viese ya los hermosos hilos blancos que cuelgan del pico de la cuchara, cuando la sopa de queso está en su punto, cocidita á lumbre lenta y servida bien caliente...

EL ÚLTIMO LIBRO

(CUENTO)

Ha muerto!.. —me dijo uno en la escalera.

Ya hacía días que estaba yo viendo venir la lúgubre noticia. Sabía que la recibiría á esa puerta de un momento á otro; y, sin embargo, me sorprendió como cosa inesperada. Con el corazón henchido de pena, con labios trémulos, entré en esa humilde morada del literato, cuya mayor parte la ocupaba el despacho, habiéndose apro-